



Jack London  
Amor a la Vida



**E** LEJANDRIA

Jack London  
Amor a la Vida



E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

# AMOR A LA VIDA

**JACK LONDON**

**PUBLICADO: 1905**

**FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG**

**EDICIÓN: McCLURE'S MAGAZINE**

**TRADUCTOR: ELEJANDRÍA**

## AMOR A LA VIDA

«De todo esto, quedará...

Que vivieron y lucharon:

Tanto del juego será ganancia,

Aunque el oro de los dados se haya perdido.»

Descendieron cojeando penosamente por la ribera, y en un momento dado, el que iba delante de los dos hombres trastabilló entre las rocas esparcidas de forma irregular. Estaban cansados y débiles, y sus rostros mostraban esa expresión tensa de paciencia que proviene de las penalidades largamente soportadas. Cargaban pesados bultos de mantas atados a sus hombros. Unas correas, que cruzaban sus frentes, ayudaban a sostener estas cargas. Cada hombre portaba un rifle. Caminaban encorvados, con los hombros muy adelantados, la cabeza aún más adelantada, y los ojos fijos en el suelo.

—Ojalá tuviéramos un par de esos cartuchos que dejamos en nuestro escondrijo —dijo el segundo hombre.

Su voz era total y lúgubrementemente inexpresiva. Habló sin entusiasmo; y el primer hombre, cojeando al entrar en la corriente lechosa que espumeaba sobre las rocas, no se dignó a responder.

El otro hombre le seguía los talones. No se quitaron el calzado, aunque el agua estaba helada —tan fría que les dolían los tobillos y se les entumecían los pies—. En algunos puntos, el agua les

golpeaba las rodillas, y ambos hombres se tambalearon buscando apoyo.

El hombre que seguía resbaló en una roca lisa, estuvo a punto de caer, pero se recuperó con un violento esfuerzo, lanzando al mismo tiempo una aguda exclamación de dolor. Parecía débil y mareado, y extendió la mano libre mientras se tambaleaba, como buscando apoyo en el aire. Cuando logró estabilizarse, dio un paso adelante, pero volvió a tambalearse y casi cayó. Entonces se quedó quieto y miró al otro hombre, que nunca había vuelto la cabeza.

El hombre permaneció inmóvil durante un minuto entero, como debatiendo consigo mismo. Entonces gritó:

—¡Oye, Bill, me he torcido el tobillo!

Bill siguió avanzando a trompicones por el agua lechosa. No miró atrás. El hombre le vio marchar, y aunque su rostro permanecía tan inexpresivo como siempre, sus ojos eran como los de un ciervo herido.

El otro hombre subió cojeando por la orilla más lejana y continuó recto sin mirar atrás. El hombre en la corriente lo observó. Sus labios temblaron un poco, de modo que la áspera mata de pelo castaño que los cubría se agitó visiblemente. Incluso sacó la lengua para humedecérselos.

—¡Bill! —gritó.

Era el grito suplicante de un hombre fuerte en apuros, pero la cabeza de Bill no se giró. El hombre lo vio marchar, cojeando grotescamente y avanzando a trompicones con paso vacilante por la suave pendiente hacia la difusa línea del cielo de la colina baja. Lo vio marchar hasta que pasó la cresta y desapareció. Entonces, desvió la mirada y abarcó lentamente el círculo del mundo que le quedaba ahora que Bill se había ido.

Cerca del horizonte, el sol ardía débilmente, casi oculto por nieblas y vapores informes, que daban una impresión de masa y densidad sin contorno ni tangibilidad. El hombre sacó su reloj, mientras

apoyaba el peso en una pierna. Eran las cuatro, y como la estación estaba cerca de finales de julio o principios de agosto —no sabía la fecha precisa con un margen de una semana o dos—, sabía que el sol marcaba aproximadamente el noroeste. Miró hacia el sur y supo que en algún lugar más allá de aquellas colinas desoladas se encontraba el Gran Lago del Oso; también sabía que en esa dirección el Círculo Polar Ártico trazaba su prohibitivo camino a través de los Baldíos Canadienses. Esta corriente en la que se encontraba era un afluente del río Coppermine, que a su vez fluía hacia el norte y desembocaba en el Golfo de la Coronación y el Océano Ártico. Nunca había estado allí, pero lo había visto, una vez, en una carta de la Compañía de la Bahía de Hudson.

De nuevo, su mirada completó el círculo del mundo a su alrededor. No era un espectáculo alentador. Por todas partes había una línea del cielo difusa. Las colinas eran todas bajas. No había árboles, ni arbustos, ni hierbas —nada más que una tremenda y terrible desolación que hizo que el miedo amaneciera rápidamente en sus ojos—.

—¡Bill! —susurró, una y dos veces—; ¡Bill!

Se encogió en medio del agua lechosa, como si la inmensidad lo presionara con una fuerza abrumadora, aplastándolo brutalmente con su complaciente espanto. Empezó a temblar como con un ataque de paludismo, hasta que el rifle se le cayó de la mano con un chapoteo. Esto sirvió para despertarlo. Luchó contra su miedo y se recompuso, buscando a tientas en el agua y recuperando el arma. Se acomodó el bulto más hacia el hombro izquierdo, para quitar parte de su peso del tobillo lesionado. Luego avanzó, lenta y cuidadosamente, haciendo muecas de dolor, hacia la orilla.

No se detuvo. Con una desesperación que era locura, sin importarle el dolor, se apresuró a subir la pendiente hasta la cresta de la colina por la que su compañero había desaparecido —mucho más grotesco y cómico que aquel compañero cojo y espasmódico—. Pero en la cresta vio un valle poco profundo, vacío de vida. Luchó de

nuevo contra su miedo, lo venció, se acomodó el bulto aún más hacia el hombro izquierdo y se lanzó pendiente abajo.

El fondo del valle estaba empapado de agua, que el espeso musgo retenía, como una esponja, cerca de la superficie. Esta agua salía a chorros de debajo de sus pies a cada paso, y cada vez que levantaba un pie, la acción culminaba en un sonido de succión cuando el musgo húmedo soltaba a regañadientes su agarre. Se abrió camino de turbera en turbera, y siguió las huellas del otro hombre a lo largo y a través de las cornisas rocosas que sobresalían como islotes en el mar de musgo.

Aunque estaba solo, no estaba perdido. Sabía que más adelante llegaría a donde piceas y abetos muertos, muy pequeños y marchitos, bordeaban la orilla de un pequeño lago, el titchin-nichilie, en la lengua del país, la «tierra de los pequeños palos». Y en ese lago desembocaba un pequeño arroyo, cuya agua no era lechosa. Había juncos en ese arroyo —eso lo recordaba bien— pero no árboles, y lo seguiría hasta que su primer hilo de agua cesara en una divisoria. Cruzaría esta divisoria hasta el primer hilo de otro arroyo, que fluía hacia el oeste, el cual seguiría hasta que desembocara en el río Dease, y allí encontraría un escondrijo bajo una canoa volcada y cubierto con muchas rocas. Y en este escondrijo habría munición para su rifle vacío, anzuelos y sedales, una pequeña red —todos los utensilios para matar y atrapar comida—. También encontraría harina —no mucha—, un trozo de tocino y algunas judías.

Bill le estaría esperando allí, y remarían hacia el sur por el Dease hasta el Gran Lago del Oso. Y hacia el sur, a través del lago, irían, siempre al sur, hasta alcanzar el Mackenzie. Y al sur, siempre al sur, irían, mientras el invierno les perseguía en vano, y el hielo se formaba en los remolinos, y los días se volvían fríos y crujientes, hacia el sur, a algún cálido puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson, donde los árboles crecían altos y generosos y había comida sin fin.

Estos eran los pensamientos del hombre mientras se esforzaba por avanzar. Pero tan duro como luchaba con su cuerpo, luchaba

igualmente duro con su mente, tratando de pensar que Bill no lo había abandonado, que Bill seguramente lo esperaría en el escondrijo. Estaba obligado a pensar esto, o de lo contrario no tendría sentido esforzarse, y se habría acostado y muerto. Y mientras la tenue esfera del sol se hundía lentamente en el noroeste, recorrió cada centímetro —y muchas veces— de su huida y la de Bill hacia el sur ante el invierno que se avecinaba. Y repasó la comida del escondrijo y la comida del puesto de la Compañía de la Bahía de Hudson una y otra vez. Llevaba dos días sin comer; durante mucho más tiempo no había comido todo lo que quería. A menudo se agachaba y recogía pálidas bayas de turbera, se las metía en la boca, las masticaba y las tragaba. Una baya de turbera es un trocito de semilla encerrado en un trocito de agua. En la boca, el agua se deshace y la semilla al masticarla es áspera y amarga. El hombre sabía que no había alimento en las bayas, pero las masticaba pacientemente con una esperanza mayor que el conocimiento y 1 desafiando la experiencia.

A las nueve, tropezó con una cornisa rocosa y, por puro agotamiento y debilidad, trastabilló y cayó. Yació durante algún tiempo, sin moverse, de costado. Luego se soltó las correas del bulto y torpemente se incorporó hasta sentarse. Aún no estaba oscuro, y en el crepúsculo persistente, buscó a tientas entre las rocas jirones de musgo seco. Cuando hubo reunido un montón, encendió un fuego —un fuego humeante y lleno de hollín— y puso una lata de agua a hervir.

Desenvolvió su bulto y lo primero que hizo fue contar sus cerillas. Había sesenta y siete. Las contó tres veces para asegurarse. Las dividió en varias porciones, envolviéndolas en papel encerado, guardando un manojo en su bolsa de tabaco vacía, otro manojo en la banda interior de su sombrero abollado, y un tercer manojo bajo su camisa, sobre el pecho. Hecho esto, le entró pánico, las desenvolvió todas y volvió a contarlas. Seguía habiendo sesenta y siete.

Secó su calzado mojado junto al fuego. Los mocasines estaban hechos jirones empapados. Los calcetines de manta estaban desgastados en algunos sitios, y sus pies estaban en carne viva y sangrando. Le palpitaba el tobillo, y lo examinó. Se había hinchado hasta alcanzar el tamaño de su rodilla. Arrancó una larga tira de una de sus dos mantas y se vendó el tobillo con fuerza. Arrancó otras tiras y se las ató alrededor de los pies para que sirvieran tanto de mocasines como de calcetines. Luego bebió la lata de agua, humeante, dio cuerda a su reloj y se metió entre sus mantas.

Durmió como un muerto. La breve oscuridad alrededor de la medianoche vino y se fue. El sol salió por el noreste —al menos el día amaneció en esa dirección, pues el sol estaba oculto por nubes grises—.

A las seis se despertó, tranquilamente tumbado de espaldas. Miró directamente al cielo gris y supo que tenía hambre. Al girarse sobre un codo, se sobresaltó por un fuerte resoplido y vio un caribú macho observándolo con alerta curiosidad. El animal no estaba a más de quince metros, e instantáneamente saltó a la mente del hombre la visión y el sabor de un filete de caribú chisporroteando y friéndose sobre el fuego. Maquinalmente, alcanzó el rifle vacío, apuntó y apretó el gatillo. El caribú resopló y se alejó de un salto, sus pezuñas repiqueteando y resonando mientras huía a través de las cornisas.

El hombre maldijo y arrojó lejos de sí el rifle vacío. Gimió en voz alta mientras empezaba a incorporarse. Fue una tarea lenta y ardua. Sus articulaciones eran como bisagras oxidadas. Funcionaban con dureza en sus cavidades, con mucha fricción, y cada flexión o extensión se lograba solo mediante un puro esfuerzo de voluntad. Cuando finalmente se puso de pie, consumió otro minuto más o menos en enderezarse, para poder estar erguido como un hombre debe estar.

Gateó hasta una pequeña loma y contempló el paisaje. No había árboles, ni arbustos, nada más que un mar gris de musgo apenas diversificado por rocas grises, lagunas grises y arroyuelos grises. El cielo era gris. No había sol ni indicio de sol. No tenía idea del norte,

y había olvidado el camino por el que había llegado a ese lugar la noche anterior. Pero no estaba perdido. Eso lo sabía. Pronto llegaría a la tierra de los pequeños palos. Sentía que estaba hacia la izquierda, en algún lugar, no muy lejos —posiblemente justo sobre la siguiente colina baja—.

Volvió para preparar su bulto para el viaje. Se aseguró de la existencia de sus tres paquetes separados de cerillas, aunque no se detuvo a contarlas. Pero sí se demoró, debatiendo, sobre un saco bajo de piel de alce. No era grande. Podía esconderlo bajo sus dos manos. Sabía que pesaba quince libras —tanto como todo el resto del bulto— y le preocupaba. Finalmente lo dejó a un lado y procedió a enrollar el bulto. Se detuvo para mirar el saco bajo de piel de alce. Lo recogió apresuradamente con una mirada desafiante a su alrededor, como si la desolación intentara robárselo; y cuando se puso de pie para adentrarse tambaleándose en el día, estaba incluido en el bulto sobre su espalda.

Se desvió hacia la izquierda, deteniéndose de vez en cuando para comer bayas de turbera. Su tobillo se había puesto rígido, su cojera era más pronunciada, but el dolor de este no era nada comparado con el dolor de su estómago. Las punzadas de hambre eran agudas. Roían y roían hasta que no podía mantener la mente fija en el rumbo que debía seguir para alcanzar la tierra de los pequeños palos. Las bayas de turbera no aliviaban este roer, mientras que le dejaban la lengua y el paladar doloridos con su mordisco irritante.

Llegó a un valle donde las perdices nivales se levantaban con alas zumbantes de las cornisas y turberas. Ker—ker—ker era el grito que hacían. Les arrojó piedras, pero no pudo alcanzarlas. Dejó su bulto en el suelo y las acechó como un gato acecha a un gorrión. Las afiladas rocas le rasgaron los pantalones hasta que sus rodillas dejaron un rastro de sangre; pero el daño se perdía en el daño de su hambre. Se retorció sobre el musgo húmedo, empapando su ropa y enfriando su cuerpo; pero no era consciente de ello, tan grande era su fiebre por la comida. Y siempre las perdices nivales se levantaban, zumbando, delante de él, hasta que su ker—ker—ker se

convirtió en una burla para él, y las maldijo y les gritó con su propio grito.

Una vez se arrastró hasta una que debía estar dormida. No la vio hasta que salió disparada hacia su cara desde su rincón rocoso. Hizo un ademán tan sobresaltado como el vuelo de la perdiz nival, y quedaron en su mano tres plumas de la cola. Mientras observaba su vuelo, la odió, como si le hubiera hecho un daño terrible. Luego regresó y se echó el bulto al hombro.

A medida que avanzaba el día, llegó a valles o hondonadas donde la caza era más abundante. Pasó una manada de caribúes, veinte y pico animales, tentadoramente al alcance del rifle. Sintió un deseo salvaje de correr tras ellos, la certeza de que podía alcanzarlos. Un zorro negro se acercó a él, llevando una perdiz nival en la boca. El hombre gritó. Fue un grito espantoso, pero el zorro, saltando asustado, no soltó la perdiz nival.

Al atardecer, siguió un arroyo, lechoso por la cal, que corría a través de escasos parches de juncos. Agarrando estos juncos firmemente cerca de la raíz, arrancó lo que parecía un brote de cebolla tierna no más grande que un clavo de tablilla. Estaba tierno, y sus dientes se hundieron en él con un crujido que prometía deliciosamente comida. Pero sus fibras eran duras. Estaba compuesto de filamentos fibrosos saturados de agua, como las bayas, y desprovisto de alimento. Se quitó el bulto y se metió entre los juncos a cuatro patas, crujiendo y masticando, como una criatura bovina.

Estaba muy cansado y a menudo deseaba descansar —tumbarse y dormir—; pero era continuamente impulsado a seguir —no tanto por su deseo de alcanzar la tierra de los pequeños palos como por su hambre—. Buscaba ranas en pequeños estanques y escarbaba la tierra con las uñas en busca de gusanos, aunque sabía, a pesar de todo, que ni ranas ni gusanos existían tan al norte.

Miró en vano en cada charca de agua, hasta que, al llegar el largo crepúsculo, descubrió un pez solitario, del tamaño de un pececillo,

en una de esas charcas. Hundió el brazo hasta el hombro, pero se le escapó. Lo alcanzó con ambas manos y removió el lodo lechoso del fondo. En su excitación, cayó dentro, mojándose hasta la cintura. Entonces el agua estaba demasiado turbia para permitirle ver el pez, y se vio obligado a esperar hasta que el sedimento se hubiera asentado.

La persecución se reanudó, hasta que el agua volvió a enturbiarse. Pero no podía esperar. Desató el cubo de hojalata y empezó a achicar la charca. Al principio achicaba salvajemente, salpicándose y arrojando el agua a tan corta distancia que volvía a la charca. Trabajó con más cuidado, esforzándose por mantener la calma, aunque el corazón le golpeaba contra el pecho y le temblaban las manos. Al cabo de media hora, la charca estaba casi seca. No quedaba ni una taza de agua. Y no había ningún pez. Encontró una grieta oculta entre las piedras por la que había escapado a la charca contigua y más grande —una charca que no podría vaciar en una noche y un día—. Si hubiera sabido de la grieta, podría haberla cerrado con una roca al principio y el pez habría sido suyo.

Así pensó, y se derrumbó y se hundió sobre la tierra húmeda. Al principio lloró suavemente para sí mismo, luego lloró en voz alta a la despiadada desolación que lo rodeaba; y durante mucho tiempo después fue sacudido por grandes sollozos secos.

Encendió un fuego y se calentó bebiendo litros de agua caliente, y acampó en una cornisa rocosa de la misma manera que la noche anterior. Lo último que hizo fue asegurarse de que sus cerillas estuvieran secas y dar cuerda a su reloj. Las mantas estaban húmedas y pegajosas. Su tobillo palpitaba de dolor. Pero solo sabía que tenía hambre, y a través de su sueño inquieto soñó con festines y banquetes y con comida servida y dispuesta de todas las formas imaginables.

Se despertó helado y enfermo. No había sol. El gris de la tierra y el cielo se había vuelto más profundo, más intenso. Soplaban un viento crudo, y las primeras ráfagas de nieve blanqueaban las cimas

de las colinas. El aire a su alrededor se espesó y se volvió blanco mientras encendía un fuego y hervía más agua. Era nieve húmeda, medio lluvia, y los copos eran grandes y empapados. Al principio se derretían tan pronto como entraban en contacto con la tierra, pero caían cada vez más, cubriendo el suelo, apagando el fuego, estropeando su provisión de musgo como combustible.

Esto fue una señal para que se atara el bulto y siguiera tropezando, sin saber adónde. No le preocupaba la tierra de los pequeños palos, ni Bill y el escondrijo bajo la canoa volcada junto al río Dease. Estaba dominado por el verbo «comer». Estaba loco de hambre. No prestaba atención al rumbo que seguía, siempre que ese rumbo lo llevara por los fondos de las hondonadas. Se abría camino a tientas a través de la nieve húmeda hasta las acuosas bayas de turbera, y se guiaba por el tacto mientras arrancaba los juncos de raíz. Pero era una materia insípida y no satisfacía. Encontró una hierba que sabía agria y comió toda la que pudo encontrar, que no era mucha, pues era una planta rastrera, fácilmente oculta bajo las varias pulgadas de nieve.

Esa noche no tuvo fuego, ni agua caliente, y se metió bajo su manta para dormir el interrumpido sueño del hambre. La nieve se convirtió en una lluvia fría. Se despertó muchas veces para sentirla caer sobre su rostro vuelto hacia arriba. Llegó el día —un día gris y sin sol—. Había dejado de llover. La agudeza de su hambre había desaparecido. La sensibilidad, en lo que respecta al anhelo de comida, se había agotado. Tenía un dolor sordo y pesado en el estómago, pero no le molestaba tanto. Estaba más racional, y una vez más estaba principalmente interesado en la tierra de los pequeños palos y el escondrijo junto al río Dease.

Rasgó el resto de una de sus mantas en tiras y se vendó los pies sangrantes. También volvió a ceñir el tobillo lesionado y se preparó para un día de viaje. Cuando llegó a su bulto, se detuvo largamente sobre el saco bajo de piel de alce, pero al final se lo llevó consigo.

La nieve se había derretido bajo la lluvia, y solo las cimas de las colinas se veían blancas. Salió el sol, y logró localizar los puntos

cardinales, aunque ahora sabía que estaba perdido. Quizás, en sus vagabundeos de los días anteriores, se había desviado demasiado hacia la izquierda. Ahora se dirigió hacia la derecha para contrarrestar la posible desviación de su verdadero rumbo.

Aunque las punzadas de hambre ya no eran tan intensas, se dio cuenta de que estaba débil. Se veía obligado a detenerse para descansar con frecuencia, momentos en que atacaba las bayas de turbera y los parches de juncos. Sentía la lengua seca y grande, como cubierta de un fino vello, y le sabía amarga en la boca. Su corazón le daba muchos problemas. Cuando había viajado unos minutos, comenzaba un implacable tum, tum, tum, y luego saltaba y se alejaba en un doloroso aleteo de latidos que lo ahogaba y lo hacía sentir débil y mareado.

A mediodía encontró dos pececillos en una charca grande. Era imposible achicarla, pero ahora estaba más tranquilo y logró atraparlos en su cubo de hojalata. No eran más largos que su dedo meñique, pero no tenía especial hambre. El dolor sordo en su estómago se había vuelto más sordo y débil. Parecía casi que su estómago estaba adormecido. Comió el pescado crudo, masticando con esmerado cuidado, pues comer era un acto de pura razón. Aunque no tenía deseo de comer, sabía que debía comer para vivir.

Por la noche atrapó tres pececillos más, comió dos y guardó el tercero para el desayuno. El sol había secado jirones sueltos de musgo, y pudo calentarse con agua caliente. No había cubierto más de diez millas ese día; y al día siguiente, viajando siempre que su corazón se lo permitía, no cubrió más de cinco millas. Pero su estómago no le dio la menor inquietud. Se había ido a dormir. Estaba en un país extraño, también, y los caribúes eran cada vez más abundantes, también los lobos. A menudo sus aullidos flotaban a través de la desolación, y una vez vio a tres de ellos escabulléndose ante su camino.

Otra noche; y por la mañana, siendo más racional, desató la correa de cuero que sujetaba el saco bajo de piel de alce. De su boca abierta brotó un chorro amarillo de polvo de oro grueso y

pepitas. Dividió bruscamente el oro por la mitad, escondiendo una mitad en una cornisa prominente, envuelta en un trozo de manta, y devolviendo la otra mitad al saco. También empezó a usar tiras de la única manta restante para sus pies. Todavía se aferraba a su rifle, pues había cartuchos en aquel escondrijo junto al río Dease.

Este fue un día de niebla, y este día el hambre despertó de nuevo en él. Estaba muy débil y sufría un mareo que a veces lo cegaba. Ya no era raro que tropezara y cayera; y tropezando una vez, cayó de lleno en un nido de perdices nivales. Había cuatro polluelos recién nacidos, de un día —pequeñas motas de vida palpitante no más grandes que un bocado—; y se los comió vorazmente, metiéndoselos vivos en la boca y triturándolos como cáscaras de huevo entre los dientes. La madre perdiz nival revoloteaba a su alrededor con gran clamor. Usó su rifle como un garrote para derribarla, pero ella esquivó fuera de su alcance. Le arrojó piedras y con un disparo casual le rompió un ala. Entonces ella se alejó revoloteando, corriendo, arrastrando el ala rota, con él en su persecución.

Los pequeños polluelos no habían hecho más que abrirle el apetito. Saltaba y se tambaleaba torpemente sobre su tobillo lesionado, arrojando piedras y gritando roncamente a veces; otras veces saltando y tambaleándose silenciosamente, levantándose sombría y pacientemente cuando caía, o frotándose los ojos con la mano cuando el mareo amenazaba con dominarlo.

La persecución lo llevó a través de terreno pantanoso en el fondo del valle, y encontró huellas en el musgo empapado. No eran las suyas —podía verlo—. Debían ser de Bill. Pero no podía detenerse, pues la madre perdiz nival seguía corriendo. La atraparía primero, luego volvería e investigaría.

Agotó a la madre perdiz nival; pero se agotó a sí mismo. Ella yacía jadeando de costado. Él yacía jadeando de costado, a una docena de pies de distancia, incapaz de arrastrarse hasta ella. Y mientras él se recuperaba, ella se recuperó, revoloteando fuera de su alcance cuando su mano hambrienta se extendió hacia ella. La persecución

se reanudó. Cayó la noche y ella escapó. Tropezó por la debilidad y cayó de bruces, cortándose la mejilla, con el bulto a la espalda. No se movió durante mucho tiempo; luego rodó sobre un costado, dio cuerda a su reloj y permaneció allí hasta la mañana.

Otro día de niebla. La mitad de su última manta se había ido en envolturas para los pies. No logró encontrar el rastro de Bill. No importaba. Su hambre lo impulsaba de manera demasiado apremiante —solo— solo se preguntaba si Bill también estaría perdido. A mediodía, la carga de su bulto se volvió demasiado opresiva. De nuevo dividió el oro, esta vez simplemente derramando la mitad en el suelo. Por la tarde tiró el resto, quedándole solo la media manta, el cubo de hojalata y el rifle.

Una alucinación comenzó a atormentarlo. Se sentía seguro de que le quedaba un cartucho. Estaba en la recámara del rifle y lo había pasado por alto. Por otro lado, sabía todo el tiempo que la recámara estaba vacía. Pero la alucinación persistía. Luchó contra ella durante horas, luego abrió su rifle y se enfrentó al vacío. La decepción fue tan amarga como si realmente hubiera esperado encontrar el cartucho.

Siguió avanzando pesadamente durante media hora, cuando la alucinación surgió de nuevo. De nuevo luchó contra ella, y aun así persistió, hasta que por puro alivio abrió su rifle para desengañarse. A veces su mente divagaba más lejos, y seguía avanzando pesadamente, un mero autómatas, extraños caprichos y fantasías royendo su cerebro como gusanos. Pero estas excursiones fuera de lo real eran de breve duración, pues siempre las punzadas del mordisco del hambre lo llamaban de vuelta. Fue sacado bruscamente de una de esas excursiones por una visión que casi lo hizo desmayarse. Se tambaleó y se balanceó, vacilando como un hombre ebrio para no caer. Ante él había un caballo. ¡Un caballo! No podía creer lo que veía. Una espesa niebla había en ellos, entremezclada con puntos brillantes de luz. Se frotó los ojos salvajemente para aclarar su visión, y contempló, no un caballo, sino un gran oso pardo. El animal lo estudiaba con belicosa curiosidad.

El hombre había llevado su rifle a medio camino del hombro antes de darse cuenta. Lo bajó y sacó su cuchillo de caza de su funda con cuentas en la cadera. Ante él había carne y vida. Pasó el pulgar por el filo de su cuchillo. Estaba afilado. La punta estaba afilada. Se arrojaría sobre el oso y lo mataría. Pero su corazón comenzó su advertencia: tum, tum, tum. Luego siguió el salvaje salto ascendente y el repiqueteo de aleteos, la presión como de una banda de hierro alrededor de su frente, el avance del mareo en su cerebro.

Su coraje desesperado fue desalojado por una gran oleada de miedo. En su debilidad, ¿y si el animal lo atacaba? Se irguió hasta su estatura más imponente, agarrando el cuchillo y mirando fijamente al oso. El oso avanzó torpemente un par de pasos, se irguió y emitió un gruñido tentativo. Si el hombre corría, correría tras él; pero el hombre no corrió. Estaba animado ahora por el coraje del miedo. Él también gruñó, salvajemente, terriblemente, expresando el miedo que es inherente a la vida y que yace retorcido alrededor de las raíces más profundas de la vida.

El oso se apartó hacia un lado, gruñendo amenazadoramente, él mismo horrorizado por esta misteriosa criatura que aparecía erguida y sin miedo. Pero el hombre no se movió. Permaneció como una estatua hasta que pasó el peligro, momento en que cedió a un ataque de temblores y se hundió en el musgo húmedo.

Se recompuso y siguió adelante, ahora asustado de una nueva manera. No era el miedo a morir pasivamente por falta de comida, sino a ser destruido violentamente antes de que la inanición hubiera agotado la última partícula del esfuerzo en él que tendía a sobrevivir. Estaban los lobos. De un lado a otro, a través de la desolación, flotaban sus aullidos, tejiendo el aire mismo en un tejido de amenaza que era tan tangible que se encontró, con los brazos en el aire, apartándolo de él como si fueran las paredes de una tienda azotada por el viento.

De vez en cuando, los lobos, en manadas de dos y tres, cruzaban su camino. Pero se apartaban de él. No eran suficientes en número,

y además estaban cazando al caribú, que no luchaba, mientras que esta extraña criatura que caminaba erguida podría arañar y morder.

Al final de la tarde, encontró huesos esparcidos donde los lobos habían hecho una matanza. Los restos habían sido un ternero de caribú una hora antes, graznando y corriendo y muy vivo. Contempló los huesos, limpios y pulidos, rosados por la vida celular en ellos que aún no había muerto. ¡Era posible que él pudiera ser eso antes de que terminara el día! Así era la vida, ¿eh? Algo vano y fugaz. Solo la vida dolía. No había daño en la muerte. Morir era dormir. Significaba cese, descanso. Entonces, ¿por qué no estaba contento de morir?

Pero no moralizó mucho tiempo. Estaba agachado en el musgo, un hueso en la boca, chupando las hebras de vida que aún lo teñían débilmente de rosa. El dulce sabor carnoso, tenue y elusivo casi como un recuerdo, lo enloqueció. Cerró las mandíbulas sobre los huesos y crujió. A veces era el hueso el que se rompía, a veces sus dientes. Luego trituró los huesos entre rocas, los machacó hasta hacerlos pulpa y se los tragó. También se machacó los dedos, en su prisa, y aun así encontró un momento para sentir sorpresa por el hecho de que sus dedos no dolían mucho cuando quedaban atrapados bajo la roca descendente.

Llegaron días espantosos de nieve y lluvia. No sabía cuándo acampaba, cuándo levantaba el campamento. Viajaba tanto de noche como de día. Descansaba donde caía, se arrastraba siempre que la vida moribunda en él parpadeaba y ardía con menos intensidad. Él, como hombre, ya no luchaba. Era la vida en él, reacia a morir, la que lo impulsaba. No sufría. Sus nervios se habían embotado, entumecido, mientras su mente estaba llena de visiones extrañas y sueños deliciosos.

Pero siempre chupaba y masticaba los huesos triturados del ternero de caribú, cuyos menores restos había recogido y llevado consigo. Ya no cruzaba más colinas ni divisorias, sino que seguía automáticamente un gran arroyo que fluía a través de un valle ancho y poco profundo. No veía este arroyo ni este valle. No veía nada

salvo visiones. Alma y cuerpo caminaban o se arrastraban lado a lado, pero separados, tan delgado era el hilo que los unía.

Despertó en su sano juicio, tumbado de espaldas en una cornisa rocosa. El sol brillaba fuerte y cálido. A lo lejos oyó el graznido de los terneros de caribú. Era consciente de vagos recuerdos de lluvia, viento y nieve, pero si había sido azotado por la tormenta durante dos días o dos semanas, no lo sabía.

Durante algún tiempo yació sin movimiento, el sol benigno cayendo sobre él y saturando su miserable cuerpo con su calor. Un buen día, pensó. Quizás podría lograr ubicarse. Con un esfuerzo doloroso, rodó sobre un costado. Debajo de él fluía un río ancho y lento. Su falta de familiaridad lo desconcertó. Lentamente lo siguió con los ojos, serpenteando en amplias curvas entre las colinas desoladas y desnudas, más desoladas y desnudas y más bajas que cualquier colina que hubiera encontrado hasta entonces. Lenta, deliberadamente, sin excitación ni más que el interés más casual, siguió el curso del extraño arroyo hacia la línea del cielo y lo vio desembocar en un mar brillante y resplandeciente. Todavía no estaba excitado. Muy inusual, pensó, una visión o un espejismo — más probablemente una visión, un truco de su mente desordenada —. Se confirmó en esto al ver un barco anclado en medio del mar resplandeciente. Cerró los ojos por un momento, luego los abrió. ¡Extraño cómo persistía la visión! Sin embargo, no era extraño. Sabía que no había mares ni barcos en el corazón de las tierras baldías, tal como había sabido que no había cartucho en el rifle vacío.

Oyó un resoplido detrás de él —un jadeo o tos medio ahogado—. Muy lentamente, debido a su extrema debilidad y rigidez, rodó sobre el otro costado. No podía ver nada cerca, pero esperó pacientemente. De nuevo llegó el resoplido y la tos, y perfilada entre dos rocas dentadas a no más de seis metros de distancia distinguió la cabeza gris de un lobo. Las orejas puntiagudas no estaban tan erguidas como las había visto en otros lobos; los ojos estaban legañosos e inyectados en sangre, la cabeza parecía caer lánguida y

desamparadamente. El animal parpadeaba continuamente bajo el sol. Parecía enfermo. Mientras lo miraba, resopló y tosió de nuevo.

Esto, al menos, era real, pensó, y se volvió hacia el otro lado para poder ver la realidad del mundo que le había sido velada antes por la visión. Pero el mar todavía brillaba en la distancia y el barco era claramente discernible. ¿Era realidad, después de todo? Cerró los ojos durante un largo rato y pensó, y entonces se le ocurrió. Había estado yendo hacia el norte por el este, alejándose de la Divisoria de Dease y adentrándose en el Valle del Coppermine. Este río ancho y lento era el Coppermine. Ese mar resplandeciente era el Océano Ártico. Ese barco era un ballenero, desviado hacia el este, muy al este, desde la desembocadura del Mackenzie, y estaba anclado en el Golfo de la Coronación. Recordó la carta de la Compañía de la Bahía de Hudson que había visto hacía mucho tiempo, y todo le pareció claro y razonable.

Se sentó y dirigió su atención a los asuntos inmediatos. Se había desgastado las envolturas de manta, y sus pies eran masas informes de carne cruda. Su última manta había desaparecido. El rifle y el cuchillo faltaban. Había perdido su sombrero en algún lugar, con el manojo de cerillas en la banda, pero las cerillas contra su pecho estaban seguras y secas dentro de la bolsa de tabaco y el papel encerado. Miró su reloj. Marcaba las once y todavía funcionaba. Evidentemente, lo había mantenido con cuerda.

Estaba tranquilo y sereno. Aunque extremadamente débil, no tenía sensación de dolor. No tenía hambre. La idea de la comida ni siquiera le resultaba agradable, y todo lo que hacía era por pura razón. Se arrancó las perneras de los pantalones hasta las rodillas y se las ató alrededor de los pies. De alguna manera había logrado conservar el cubo de hojalata. Tomaría un poco de agua caliente antes de comenzar lo que preveía sería un viaje terrible hasta el barco.

Sus movimientos eran lentos. Temblaba como con parálisis. Cuando empezó a recoger musgo seco, descubrió que no podía ponerse de pie. Lo intentó una y otra vez, luego se contentó con

gatear a cuatro patas. Una vez se arrastró cerca del lobo enfermo. El animal se apartó de su camino a regañadientes, lamiéndose los belfos con una lengua que apenas parecía tener fuerza para curvarse. El hombre notó que la lengua no era del habitual color rojo saludable. Era de un marrón amarillento y parecía cubierta de una mucosidad áspera y medio seca.

Después de beber un litro de agua caliente, el hombre descubrió que podía ponerse de pie, e incluso caminar tan bien como se podría suponer que caminará un moribundo. Cada minuto más o menos se veía obligado a descansar. Sus pasos eran débiles e inciertos, al igual que los del lobo que lo seguía eran débiles e inciertos; y esa noche, cuando el mar resplandeciente fue borrado por la negrura, supo que no estaba más cerca de él que cuatro millas.

Durante toda la noche oyó la tos del lobo enfermo, y de vez en cuando el graznido de los terneros de caribú. Había vida a su alrededor, pero era vida fuerte, muy viva y sana, y sabía que el lobo enfermo se aferraba al rastro del hombre enfermo con la esperanza de que el hombre muriera primero. Por la mañana, al abrir los ojos, lo vio mirándolo con una mirada anhelante y hambrienta. Estaba agazapado, con la cola entre las patas, como un perro miserable y abatido. Temblaba con el frío viento de la mañana, y sonrió con desánimo cuando el hombre le habló con una voz que no logró más que un susurro ronco.

El sol salió brillante, y toda la mañana el hombre se tambaleó y cayó hacia el barco en el mar resplandeciente. El tiempo era perfecto. Era el breve Veranillo de San Martín de las altas latitudes. Podría durar una semana. Mañana o pasado mañana podría haberse ido.

Por la tarde, el hombre encontró un rastro. Era de otro hombre, que no caminaba, sino que se arrastraba a cuatro patas. El hombre pensó que podría ser Bill, pero pensó de manera apagada, desinteresada. No tenía curiosidad. De hecho, la sensación y la emoción lo habían abandonado. Ya no era susceptible al dolor. El estómago y los nervios se habían ido a dormir. Sin embargo, la vida

que había en él lo impulsaba. Estaba muy cansado, pero se negaba a morir. Era porque se negaba a morir que todavía comía bayas de turbera y pececillos, bebía su agua caliente y mantenía un ojo vigilante sobre el lobo enfermo.

Siguió el rastro del otro hombre que se arrastraba, y pronto llegó al final —unos pocos huesos recién roídos donde el musgo empapado estaba marcado por las almohadillas de muchos lobos—. Vio un saco bajo de piel de alce, compañero del suyo, que había sido rasgado por dientes afilados. Lo recogió, aunque su peso era casi demasiado para sus débiles dedos. Bill lo había llevado hasta el final. ¡Ja! ¡Ja! Se reiría de Bill. Sobreviviría y lo llevaría al barco en el mar resplandeciente. Su risa era ronca y espantosa, como el graznido de un cuervo, y el lobo enfermo se unió a él, aullando lúgubrementemente. El hombre cesó de repente. ¿Cómo podría reírse de Bill si eso era Bill; si esos huesos, tan rosado-blancos y limpios, eran Bill?

Se dio la vuelta. Bueno, Bill lo había abandonado; pero no tomaría el oro, ni chuparía los huesos de Bill. Bill lo habría hecho, sin embargo, si hubiera sido al revés, reflexionó mientras seguía tambaleándose.

Llegó a una charca de agua. Al inclinarse en busca de pececillos, echó la cabeza hacia atrás como si le hubieran picado. Había visto el reflejo de su rostro. Era tan horrible que la sensibilidad despertó lo suficiente como para horrorizarse. Había tres pececillos en la charca, que era demasiado grande para drenarla; y después de varios intentos infructuosos de atraparlos en el cubo de hojalata, desistió. Tenía miedo, debido a su gran debilidad, de caerse y ahogarse. Fue por esta razón que no se confió al río a horcajadas sobre uno de los muchos troncos a la deriva que bordeaban sus bancos de arena.

Ese día redujo la distancia entre él y el barco en tres millas; al día siguiente en dos —pues ahora se arrastraba como Bill se había arrastrado—; y al final del quinto día el barco todavía estaba a siete millas de distancia y él era incapaz de hacer siquiera una milla al día. Aún así, el Veranillo de San Martín se mantenía, y continuó arrastrándose y desmayándose, una y otra vez; y siempre el lobo

enfermo tosía y jadeaba a sus talones. Sus rodillas se habían convertido en carne viva como sus pies, y aunque las acolchó con la camisa de su espalda, era un rastro rojo el que dejaba tras de sí en el musgo y las piedras. Una vez, mirando hacia atrás, vio al lobo lamiendo hambrientamente su rastro sangrante, y vio claramente cuál podría ser su propio fin —a menos que— a menos que pudiera atrapar al lobo. Entonces comenzó una tragedia de existencia tan sombría como jamás se haya representado: un hombre enfermo que se arrastraba, un lobo enfermo que cojeaba, dos criaturas arrastrando sus carcasas moribundas a través de la desolación y cazando la vida del otro.

Si hubiera sido un lobo sano, no le habría importado tanto al hombre; pero la idea de ir a alimentar las fauces de esa cosa repugnante y casi muerta le resultaba repulsiva. Era quisquilloso. Su mente había comenzado a divagar de nuevo, y a ser perpleja por alucinaciones, mientras sus intervalos lúcidos se volvían más raros y cortos.

Una vez despertó de un desmayo por un jadeo cerca de su oído. El lobo saltó hacia atrás torpemente, perdiendo el equilibrio y cayendo en su debilidad. Era ridículo, pero no le hizo gracia. Ni siquiera tuvo miedo. Estaba demasiado ido para eso. Pero su mente estaba clara por el momento, y yació y consideró. El barco no estaba a más de cuatro millas de distancia. Podía verlo con bastante claridad cuando se frotaba las nieblas de los ojos, y podía ver la vela blanca de un pequeño bote surcando el agua del mar resplandeciente. Pero nunca podría arrastrarse esas cuatro millas. Lo sabía, y estaba muy tranquilo en ese conocimiento. Sabía que no podía arrastrarse ni media milla. Y sin embargo quería vivir. Era irrazonable que muriera después de todo lo que había sufrido. El destino le pedía demasiado. Y, muriendo, se negó a morir. Era una locura absoluta, quizás, pero en las garras mismas de la Muerte desafió a la Muerte y se negó a morir.

Cerró los ojos y se compuso con infinita precaución. Se armó de valor para mantenerse por encima de la sofocante languidez que

lamía como una marea creciente a través de todos los pozos de su ser. Era muy parecido a un mar, esta languidez mortal, que subía y subía y ahogaba su conciencia poco a poco. A veces estaba casi sumergido, nadando a través del olvido con una brazada vacilante; y de nuevo, por alguna extraña alquimia del alma, encontraría otra pizca de voluntad y daría brazadas más fuertes.

Sin movimiento yacía de espaldas, y podía oír, acercándose lenta y cada vez más cerca, la jadeante inhalación y exhalación del aliento del lobo enfermo. Se acercaba más, cada vez más, a través de una infinitud de tiempo, y él no se movía. Estaba junto a su oído. La áspera lengua seca raspó como papel de lija contra su mejilla. Sus manos se dispararon —o al menos tuvo la voluntad de que se dispararan—. Los dedos estaban curvados como garras, pero se cerraron en el aire vacío. La rapidez y la certeza requieren fuerza, y el hombre no tenía esa fuerza.

La paciencia del lobo era terrible. La paciencia del hombre no era menos terrible. Durante medio día yació inmóvil, luchando contra la inconsciencia y esperando a la cosa que iba a alimentarse de él y de la cual él deseaba alimentarse. A veces el lánguido mar se elevaba sobre él y soñaba largos sueños; pero siempre a través de todo ello, despierto y soñando, esperaba el aliento jadeante y la áspera caricia de la lengua.

No oyó el aliento, y pasó lentamente de algún sueño a sentir la lengua a lo largo de su mano. Esperó. Los colmillos presionaron suavemente; la presión aumentó; el lobo estaba ejerciendo su última fuerza en un esfuerzo por hundir los dientes en la comida por la que había esperado tanto tiempo. Pero el hombre había esperado mucho, y la mano lacerada se cerró sobre la mandíbula. Lentamente, mientras el lobo luchaba débilmente y la mano agarraba débilmente, la otra mano se deslizó hasta agarrar. Cinco minutos después, todo el peso del cuerpo del hombre estaba encima del lobo. Las manos no tenían fuerza suficiente para ahogar al lobo, pero la cara del hombre estaba presionada cerca de la garganta del lobo y la boca del hombre estaba llena de pelo. Al cabo de media

hora, el hombre fue consciente de un cálido goteo en su garganta. No era agradable. Era como plomo fundido siendo forzado a entrar en su estómago, y era forzado solo por su voluntad. Más tarde, el hombre rodó sobre su espalda y durmió.

---

Había algunos miembros de una expedición científica en el ballenero Bedford . Desde la cubierta observaron un extraño objeto en la orilla. Se movía por la playa hacia el agua. No pudieron clasificarlo y, siendo hombres de ciencia, subieron a la lancha ballenera que estaba al costado y fueron a tierra para ver. Y vieron algo que estaba vivo pero que difícilmente podía llamarse hombre. Estaba ciego, inconsciente. Se retorció por el suelo como un gusano monstruoso. La mayoría de sus esfuerzos eran ineficaces, pero era persistente, y se retorció y giraba y avanzaba quizás unos seis metros por hora.

---

Tres semanas después, el hombre yacía en una litera en el ballenero Bedford , y con lágrimas corriendo por sus mejillas demacradas contó quién era 3 y por lo que había pasado. También balbuceó incoherentemente sobre su madre, sobre la soleada California del Sur, y un hogar entre naranjos y flores.

No pasaron muchos días después de eso cuando se sentó a la mesa con los hombres de ciencia y los oficiales del barco. Se regodeaba ante el espectáculo de tanta comida, observándola ansiosamente mientras entraba en las bocas de los demás. Con la desaparición de cada bocado, una expresión de profundo pesar aparecía en sus ojos. Estaba bastante cuerdo, pero odiaba a esos hombres a la hora de comer. Le perseguía el miedo de que la comida no durara. Preguntaba al cocinero, al grumete, al capitán, sobre las reservas de comida. Lo tranquilizaron innumerables veces; pero no podía creerles, y curioseaba astutamente por la despensa para ver con sus propios ojos.

Se notó que el hombre estaba engordando. Se volvía más corpulento cada día. Los hombres de ciencia sacudían la cabeza y teorizaban. Limitaron al hombre en sus comidas, pero aun así su circunferencia aumentaba y se hinchaba prodigiosamente bajo su camisa.

Los marineros sonrieron. Ellos sabían. Y cuando los hombres de ciencia pusieron vigilancia sobre el hombre, ellos también lo supieron. Lo vieron escabullirse hacia proa después del desayuno y, como un mendigo, con la palma extendida, abordar a un marinero. El marinero sonrió y le pasó un fragmento de galleta marina. Lo agarró con avaricia, lo miró como un avaro mira el oro, y lo metió en el pecho de su camisa. Similares fueron las donaciones de otros marineros sonrientes.

Los hombres de ciencia fueron discretos. Lo dejaron en paz. Pero examinaron en secreto su litera. Estaba forrada de galleta dura; el colchón estaba relleno de galleta dura; cada rincón y rendija estaba lleno de galleta dura. Sin embargo, estaba cuerdo. Estaba tomando precauciones contra otra posible hambruna, eso era todo. Se recuperaría de ello, dijeron los hombres de ciencia; y lo hizo, antes de que el ancla del Bedford retumbara en la Bahía de San Francisco.

**FIN**

1. [Amor a la vida - Jack London](#)
2. [Amor a la vida](#)

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE OBRAS DE DOMINIO**  
**PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**